

HOMOSEXUALIDAD Y PERVERSIÓN.

Coloquio Fundación Europea para el Psicoanálisis: "Angustia y perversiones." Abril, 2015.

Respecto a la pregunta inicial sobre la relación entre la elección de objeto homosexual y la perversión, tomemos a Freud y a Lacan como punto de partida.

Desde 1901 encontramos en los textos de Freud referencias sobre homosexualidad y, desde el primer momento, se aprecia un avance fundamental respecto a la valoración diagnóstica imperante en la sociedad médica, pues tanto Krafft-Ebing como Charcot la catalogaron como desviación causada por degeneración hereditaria. Freud, sin embargo, se refiere a ella como transgresión de los imprecisos límites de la norma sexual dictada por la cultura, soslayando así la dimensión patológica y la condena moral a las que la homosexualidad había sido sometida. En Los tres ensayos de teoría sexual de 1905 establece que existen diferentes tipos de homosexualidad, por tanto, esta no es generalizable; que sus factores causales podrían ser el resultado particular de la "bisexualidad originaria", considerando que (tomo la traducción de Etcheverry), "entre pulsión y objeto sexual no hay sino una soldadura", ya que "la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste". Hay que valorar estas afirmaciones de Freud: el individuo no tiene vinculación natural con el otro sexo, lo que conlleva a plantear la elección de objeto como algo sometido a una indeterminación, a una discontinuidad, y a descartar cualquier posibilidad de postular una sexualidad normativa.

Además, la clínica nos muestra que sujetos bien instalados en una identidad masculina pueden desear y elegir a hombres como objetos sexuales y a la inversa. También que la orientación sexual puede cambiar a lo largo de la vida de un mismo sujeto. Pero, ¿cómo se establecerá esta soldadura entre pulsión y objeto?

Nos encontramos aquí con el concepto lacaniano de fantasma, término que posee en castellano esa resonancia siniestra de nombrar algo íntimo y a la vez extraño que reaparece. El fantasma es un montaje particular de imágenes parecido a una película con un guión simple y repetitivo que, en cierta manifestación consciente, provocará excitación sexual. Podemos plantear que el fantasma conecta el deseo con los personajes masculinos o femeninos que se convertirán en referencias para la búsqueda de excitación y satisfacción sexual a través de los objetos de la realidad. Y, a la vez, los objetos de la realidad, ya sexualizados, dejarán la marca de su propio deseo en el sujeto, como corroboran los relatos de nuestros pacientes. Entonces, el montaje del

fantasma estará condicionado por la acción, consciente o no, de esos personajes a través de sus maniobras de "seducción". La imagen de esas figuras pasará así a sustituir a los objetos primitivos. El fantasma será, por tanto, efecto de la constitución primitiva del deseo y matriz de los deseos actuales que determinan la orientación sexual.

Sabemos, también, que el deseo humano es "inconstante" y puede ser despertado por artificios bien ubicados como demuestra la publicidad. Así, el sexo que nos atrae tendrá también esta composición, tendrá algo de superpuesto, de cobertura imaginaria. Pero, ¿cobertura alrededor de qué? alrededor de nada, de un hueco, del hueco que deja la pérdida irrecuperable de ese objeto primitivo, asexuado (más que bisexual), fuera de la palabra y, por tanto, indescifrable.

Entonces, ¿qué determinará la elección homo o heterosexual del sujeto? Sencillamente no podemos deducirlo. ¿Tendrá que ver con la imagen corporal (curvas y formas) de las figuras que ejercen esa seducción en el momento de la diferenciación sexual? La experiencia clínica nos dice que las seducciones condicionan la orientación sexual, pero no podemos establecer una determinación causal. Miller, por ejemplo, en su *Elucidación de Lacan* hablará de una "elección forzada" de la orientación sexual en el encuentro siempre traumático del ser hablante con el goce: frente a la angustia del goce no representado, el sujeto debe elegir un sentido; aunque la elección sea forzada por el encuentro. ¿De qué modo el sujeto da sentido a esa elección? no podemos anticiparlo, podemos encontrar sujetos que cuenten experiencias parecidas, pero que hayan hecho con eso algo completamente distinto.

Fantasma y deseo son situados por Lacan en el piso intermedio de la parte superior de su Grafo del deseo. Piso intermedio que puede cortocircuitar el acceso a la parte superior y dejar al sujeto a medio camino entre las significaciones del Otro del piso inferior y la castración que Lacan sitúa en el piso superior.

Volviendo a Freud, veamos cómo, a partir de los *Tres Ensayos*, diferencia explícitamente homosexualidad y perversión. En el *Caso Dora* indica la persistencia de un conflicto homosexual en todas las neurosis. En *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna* señala la particular aptitud que singulariza a los homosexuales para la sublimación cultural; en el *Caso Juanito*, afirma la preponderancia de la zona genital en la sexualidad infantil del homosexual, a diferencia de su relegamiento en el perverso. En una nota añadida a la edición de 1915 de los *Tres ensayos* concluye que las diferencias entre homosexuales y heterosexuales son de naturaleza "cuantitativa" y no "cualitativa". En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis de 1917* define a la

homosexualidad como "ramificación regular de la vida amorosa", en el *Caso de homosexualidad femenina de 1920* como una "variante" de la organización genital sexual y en su *Presentación autobiográfica de 1925* habla de un "efecto postrero del primado fálico".

Respecto a las causas de la homosexualidad, Freud, estudiando a Leonardo da Vinci, se refiere a un tipo particular de homosexualidad en el varón: la fijación a una madre "no castrada", es decir, imaginada con pene. Tal fijación se ve favorecida por ciertas condiciones del entorno familiar: la madre vuelca en exceso su amor en el hijo y el padre queda relegado. El hijo, entonces, para reprimir ese amor incestuoso, se identifica con la madre tomándose a sí mismo como el modelo de sus objetos sexuales.

Respecto a la homosexualidad femenina Freud, en el caso de la mujer homosexual de 1920, señala una causa opuesta a la del varón: "la necesidad de una madre más amorosa"; sumada después a una decepción edípica respecto al padre.

Lacan, en su escrito *La significación del falo*, reafirma esta diferencia de la homosexualidad femenina: "se orienta sobre una decepción que refuerza la vertiente de la demanda de amor". Y en *Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina*, retomando el caso de la mujer homosexual de Freud, añade que hay un desafío abierto al padre desplazándolo de su lugar para demostrarle cómo se ama a una mujer, con qué devoción, cómo se entrega todo, sobre todo lo que no se tiene, que no tener el falo no impide darlo y que ése es el verdadero amor. Consideraciones que separan, más todavía, a la homosexualidad femenina de la condición de perversión. La acentuación de la demanda de amor en la homosexualidad femenina parece constatarse en la clínica bajo el modo de una elección de objeto a menudo no exclusiva y variable en el tiempo. Aquí encontramos, en ocasiones, que el elemento singular de la elección puede responder a la fórmula: "no me gustan las mujeres, me gusta esa mujer". Esta dimensión privilegiada del amor podría ser un modo de suplir la no existencia del significante del Otro sexo: si hay amor nada falta.

Lacan se opuso también a situar la homosexualidad en el campo de la perversión y, con su aportación de la teoría de la sexuación, formuló que hombres y mujeres se distinguen por su modo de goce, independientemente de que sean homosexuales o heterosexuales. Antes, en su Seminario 5 había achacado la dificultad de conmovir la posición del homosexual masculino al hecho de que se trata de una inversión con respecto al objeto que se estructura en un Edipo pleno y acabado.

Tanto Freud como Lacan establecen, por tanto, la homosexualidad como posición del sujeto, posición singular, variable, alterable... y la desvinculan de la estructura perversa.

La clínica, por su parte, confirma la elección homosexual de objeto en cualquiera de las tres estructuras: neurótica, psicótica o perversa; *pero* no deja de indicar ciertas tendencias en los hábitos sexuales de los homosexuales masculinos que, aunque no puedan generalizarse, se presentan con llamativa frecuencia. Me refiero a la incidencia de ese rasgo de "degradación" atribuido por Freud en 1912 a la vida amorosa del varón: la separación entre el amor y el goce, y que se manifiesta en la búsqueda, a veces compulsiva, de encuentros sexuales "inmediatos", sin vínculo amoroso. Esta tendencia alcanza su máxima expresión en el práctica del "cruising", del establecimiento de ciertos lugares públicos y abiertos que hoy podemos encontrar en todas las grandes ciudades para encuentros sexuales masculinos y anónimos con "amigos", título con el que un hombre definió a los sujetos que yo encontraría si seguía la agradable senda por la que iba paseando una tarde en el Parque del Retiro. Estas prácticas no congregan sólo a perversos, las escuchamos también en neuróticos, viniendo en ocasiones acompañadas por autoreproches y culpabilidad, y constituyendo una fuente constante de celos y desconfianza en las relaciones de pareja.

¿Cómo dar cuenta de esta incidencia en la homosexualidad masculina?

Habría que destacar primero, los efectos actuales del significante "gay", como significante amo; significante que libera y esclaviza al mismo tiempo. Adherirse a la comunidad gay es ser capturado por sus ideales y sus prácticas para no quedar aislado, sólo ante la extrañeza de la sexualidad y la insatisfacción del deseo. El significante gay, con su pretensión totalizante, puede hacer obstáculo a la particularidad y provocar una cesión sobre el propio deseo. Y esto sumado, por supuesto, a la presión de otro amo: el mercado, que promete la satisfacción del deseo y empuja al consumo compulsivo de objetos.

En segundo lugar podemos poner el acento en el componente "masculino" de la homosexualidad masculina. En su seminario "Aún" Lacan plantea que el lado hombre de habitar el lenguaje tiene como pareja al objeto *a*; *que* sólo como objeto *a* el macho alcanza al Otro sexo, y lo hace apoyado en su fantasma. Podemos pensar que este objeto *a*, perdido para el hablante, puede funcionar como objeto "causa de deseo" articulado a la función fálica que se sostiene en el velo y de la falta. Pero el *a* puede funcionar también como objeto "causa de goce", aún de goce fálico, tanto en neurosis como en perversiones, cuando es tomado por un semblante que se ofrece exhibido y directo, en un desesperado intento

puntual de esquivar la castración. La homosexualidad masculina parece acentuar la vertiente masculina del intento de encontrar al Otro sexo como objeto, pero sin recurrir ni al velo, ni a la falta, ni al significante del Otro barrado ubicado en el segundo piso del grafo, el piso de la castración; sino más bien desde el silencio y el cortocircuito del deseo.

Finalmente, ¿qué determina esta acentuación paradójica de la vertiente masculina en el encuentro homosexual? El hombre fetichiza al Otro sexo para alcanzarlo. Pero no parece ser equivalente fetichizar el pene de la pareja como haría el varón homosexual, que fetichizar la imagen del cuerpo de la mujer. Podemos preguntarnos, ¿la fetichización del pene respondería a una operación de metonimia del significante fálico, de desplazamiento simple sin creación de sentido, y la fetichización del cuerpo femenino a una operación metafórica en el Nombre del Padre y vía de encuentro con el significante del Otro barrado? Sería difícil llegar a esa conclusión sin caer en la normativización sexual.

Muchas gracias.

